

el Norte, el todavía escritor en ciernes se sentirá inicialmente atraído por la camaradería y la ausencia de todo asomo de odio racial entre los comunistas, a quienes conoce en su deambular solitario por las calles de Chicago. En un primer momento, al menos, Wright creará encontrar en el partido de los comunistas norteamericanos ese flujo de ideas, esa íntima comunidad de sentimientos que es para él como la savia vivificante del organismo social. ("Mi vida de negro americano me había llevado al convencimiento —por más que mi indefensión me hubiese inducido a ocultármelo— de que el problema de la unidad humana era más importante que el pan, más que la propia vida física".)

Su actividad militante la desarrollará, sobre todo, Wright en el marco de ciertas organizaciones culturales, como los clubs John Reed. Sin embargo, su entusiasmo va a durar bien poco: su espíritu crítico y liberal se dará una y otra vez de cabeza con la inflexibilidad y el dogmatismo de los funcionarios del partido, más atentos a la estereotipada consignas que les llegan de arriba que preocupados de analizar las situaciones concretas en busca de soluciones originales.

Wright descubrirá también con amargura que el odio racial ha sido allí sustituido por un odio no menos irracional hacia los intelectuales, considerados por muchos militantes incapaces de ver más allá de sus propias narices como traidores de clase en potencia. Una y otra vez, aunque en vano, criticará la ceguera de sus camaradas, su falta de imaginación al repetir fórmulas y trasplantar esquemas que sí dieron resultado en la revolución bolchevique, no por ello estaban menos alejados de la realidad norteamericana. Pero, sobre todo, le repugnará el espíritu sectario e intolerante de muchos de sus correligionarios, obsesionados únicamente por descubrir trotskistas y enemigos de clase infiltrados en las filas del partido, y cuyas consecuencias él sufrió dramáticamente en su propia carne.

El dramático relato final del desfile del primero de mayo de 1936, cuando el autor, que no consigue encontrar a los miembros de su sindicato, decide aceptar la invitación de un antiguo camarada para unirse a la sección del PC, y acaba viéndose expulsado violentamente de las filas comunistas por otros militantes que ven en él a un traidor, no puede por menos de dejar en el lector, comunista o no, un denso poso de amargura. ■ JOAQUÍN RABAGO.

## La rebelión de los jueces

El régimen franquista era un árbol de robusta apariencia, pero tan carcomido en su interior que no fue necesario derribarlo, sino, simplemente, sustituirlo por otra cosa.

Las dos instituciones básicas de un Estado: el Ejército y los Tribunales, deben ser las últi-



mas en mostrar señales de descontento. En el caso español, la primera, bien que de modo muy reducido, tuvo por expresión a la UMD; la segunda, a Justicia Democrática, en cuyas filas figuraban desde demócratas cristianos a comunistas.

El libro que acaba de aparecer con el título "Los jueces contra la dictadura" (Justicia y Política en el franquismo), es una recopilación de escritos colectivos elaborados por Justicia Democrática desde 1971 hasta su Congreso Nacional, celebrado en enero del año pasado.

El grueso de la obra lo componen las cuatro memorias anuales que, en el período 1971-74, elaboraron los componentes de JD y fueron distribuidas clandestinamente entre el personal técnico de la Administración de Justicia. El contenido de estos textos constituye un valioso aporte histórico para analizar el aparato legal canalizador de la política franquista.

El descontento de los magistrados, jueces, fiscales y secretarios de Tribunal que organizaron JD, tuvo su origen —según se explica en el breve prólogo del libro— como forma de resistencia profesional a condicionamientos extraprofesionales, los cuales, a su vez, eran consecuencia de la política judicial del régimen, basada en tres aspectos: la consideración del 18 de julio como fuente de derecho, el mantenimiento de jurisdicciones especiales para los llamados delitos políticos, y el control por el ejecutivo de las jerarquías judiciales.

Es lástima que un libro como éste carezca de testimonio personal, de narración que envuelva el contenido académico y riguroso de los textos. ¿Cómo, dónde y cuándo se creó exactamente JD? ¿Qué vicisitudes tuvieron que superar sus organizadores? ¿Qué papel tuvieron los partidos políticos en su desarrollo? ¿Cómo escaparon sus miembros de la vigilancia policial? Todo eso hubiera constituido, en boca de los propios protagonistas, un magnífico relato.

JD fue una de las últimas organizaciones antifranquistas en salir a la luz pública. Lo hizo el 24 de noviembre de 1977, cuando un grupo de cinco delegados fue recibido en audiencia por el presidente de las Cortes (a quien hicieron entrega de las memorias anuales) y por el presidente del Congreso.

Según cifras aparecidas en la prensa, Justicia Democrática —que formó parte de la Junta Democrática y de la Platajunta— agrupa a unos 200 miembros, el 10 por 100, aproximadamente, de los cuadros técnicos de la magistratura española. Pese a los recientes cambios políticos, el grupo se muestra contrario a su disolución, pues considera que sus objetivos últimos ("lograr una justicia libre y democrática") no han sido aún logrados.

En el futuro de JD figura también la necesidad de promover un Sindicato de la Magistratura, al estilo del que existe en Francia, y con el que mantiene contactos.

Según declaraciones de uno de sus fundadores, Plácido Fernández Viagas, hoy presidente de la Junta de Andalucía y senador socialista por Sevilla (ver TRIUNFO, 26-XI-76), existe un antecedente directo de JD en el movimiento democrático de la magistratura surgido en la Italia de la posguerra, al permanecer intacta gran parte de la es-

tructura judicial fascista. Dicha corriente, basada en la tesis del "uso alternativo del derecho", apunta a una cierta función creadora de derecho insita en la actividad judicial, lo que se traduce en otra de las exigencias básicas de JD: un poder judicial pleno e independiente, con órganos propios de gobierno y gestión. ■ FERNANDO MARTÍNEZ LAINEZ.

## Teatro antropofágico, de Martínez Mediero

No sé si fui yo quien primero propuso calificar de "antropofágico" cierto teatro de Manuel Martínez Mediero. En todo caso, lo que sí es seguro es que, desconociendo cualquier posible antecedente, me permití llamarlo así en una introducción a "Las hermanas de Buffalo Bill", de la editorial Fundamentos. Y que ahora, la misma editora ha publicado bajo ese título general tres obras del autor extremeño: "El convidado", "El último gallinero" y "Las planchadoras".

Salvo "El convidado", que mantiene su primera redacción, los otros textos han sido sometidos a importantes modificaciones, por razones especialmente ideológicas en el caso de "El último gallinero", y por razones principalmente poéticas o estilísticas en el de "Las planchadoras", texto que pasa, con razón, por ser el mejor de Mediero, aunque no exento de cierto desequilibrio formal.

Martínez Mediero estrenó en Madrid, en un plazo relativamente breve, en manos de conocidas compañías profesionales, hasta cuatro títulos. Los dos primeros, aparte de un claro éxito de público, merecieron

Manuel Martínez Mediero.

